

5

Notas preliminares sobre el sentimiento trágico de la vida en el pensamiento de Miguel de Unamuno

ÉDGAR JAVIER GARZÓN-PASCAGAZA*

Resumen

Ante el sentimiento trágico de la vida, el hombre, en una afanosa búsqueda de sentido y anhelo de realización, procura encontrar posibilidades para aplicar a un modo de vida superior, más amplio, más preciso, más seguro, frente a la incertidumbre, la inquietud, la contingencia. Consiste entonces en canalizar todos sus esfuerzos y lograr que los conocimientos adquiridos, las acciones ejecutadas y los proyectos culminados, tanto en lo ético como en lo práctico, le orienten en la consecución de su misión personal para mejorar su nivel de vida, aprovechando todas sus capacidades con el fin de elegir acertadamente, generar prioridades y afinar sus propios gustos en los cuales, se manifiesta participativamente lo individual y lo colectivo ante el inevitable sentimiento trágico de la vida.

Palabras clave: hombre, vida, sentimiento trágico, Miguel de Unamuno

Nada de lo humano me es ajeno

Homo sum, humani nihil a me alienum puto (Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno), así decía otrora Publio Terencio (De Unamuno 56). Para estudiar al ser humano y su existencia hay que iniciar desde un tópico: únicamente un ser humano logra asumir el oficio de pensar en torno a lo humano.

Solo un instante adelante, el mismo De Unamuno hace una pequeña variante a la alocución de Publio Terencio: *Nullum hominem a me alienum puto* (Ser humano soy,

* Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. ejgarzon@ucatolica.edu.co



a ningún otro ser humano considero extraño). Esta nueva forma de considerar la condición humana entraña una complejidad muy particular, que reside en la aserción “a ningún otro ser humano considero extraño”. ¿Qué es lo que podemos entender por este enunciado? ¿Que nos es lícito asumir los eventos humanos y estimarlos desde la manera subjetiva para afirmar que los podemos comprender como si sucedieran en el sujeto que los quiere explicar y dar a conocer?

Nuestra naturaleza nos permite avizorar el sentimiento trágico de la vida. En condiciones estéticas, solo por mencionar un modo de asumir este ejercicio reflexivo, lo trágico como característica de lo humano, repara en la desventura, la tristeza, la melancolía, nuestra patética humanidad, que se manifiesta con expresiones afectivas que desbordan los actos racionales, lo cual se traduce en una catástrofe humana.

De Unamuno ofrece una mirada: “El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere –sobre todo muere–, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano” (57). El sentimiento trágico de la vida convoca a pensar en lo más íntimo, en lo más afectuoso, en lo que puede sernos más distante, agreste, áspero o poco agradable. Consiste en retomar las realidades humanas desde el gozo y la alegría, desde el dolor y el desamparo, al fin y al cabo, ¿qué somos los seres humanos sino pura contradicción?

Lo anterior se sustenta en la lectura de algunos eventos particulares: el hombre es llamado a trabajar en el lugar de sus sueños cuando acaba de firmar un contrato en otro sitio; al iniciar una relación amorosa, aparece por obra y arte de magia el ideal de mujer... estos son algunos de tantos rostros de lo que implica el sentimiento trágico de la vida: lo que era ya no es cuando aparece, aunque se le haya esperado toda la vida.

Ser de carne y hueso

El trabajo de profundización de la obra novelística-filosófica de Miguel de Unamuno confronta los factores racional e irracional, proponiendo elementos notables y esenciales para un sentido de la existencia, donde el encuentro con el otro es fundamental para un sentido pleno de lo humano y de lo natural.



Somos de carne y hueso. Esta realidad dolorosa y bella, maravillosa y difícil, hace que el ser humano se reconozca como un ser facultado, lleno de potencias, pero limitado y efímero a la vez. ¿Qué implica para De Unamuno ser de carne y hueso? “El que nace, sufre y muere –sobre todo muere–, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere” (De Unamuno 57). Esta conciencia asombra y espanta a la vez: puede conseguirse todo, aunque de la misma manera acabarse en el momento menos sospechado.

Por esta razón para el filósofo español el hombre de carne y hueso es quien se aparta huyendo del sinsentido, de la sinrazón y del mundo de los sueños para orientar su vida y determinarla en el orden de la luz que le provee la razón, es el que está constituido por el uno y por el otro, por sus propias realidades y las de los demás, aquel que se haya movido por las condiciones y potencias humanas que le provee el ejercicio de su racionalidad.

Para De Unamuno el mundo de lo irracional, aquello que implica también movimiento, se convierte en principio, que puede ser asimilado como vorágine, abismo, donde se destaca la figura del hombre de carne y hueso que vive en guerra contra sí mismo, sin dejar por un instante de ansiar la paz. En De Unamuno las condiciones físicas o psicológicas no agotan al hombre, dado que, según él, el ser humano se realiza cuando logra profundizar en todas sus facultades. El resultado final, estima De Unamuno, es el encuentro con la persona, noción que aparece para dar sentido a la vida biológica o psíquica y realiza toda la condición humana.

El sentimiento trágico de la vida

Un elemento primordial de la filosofía de De Unamuno es la novela. Este punto de partida, central y principal, permite palpar, adentrarse y despertar el interés por una esfera de lo interpretativo acerca del sentimiento trágico de la vida y juzgarlo dentro del marco filosófico.

La antropología tiene también aquí un papel preponderante. La determinación de cualquier concepto sobre la persona tendrá su desarrollo en una realidad eminentemente unamuniana denominada como hombre de carne y hueso que, desde



una ambición sana, formal y creadora, busca hacerse memoria para perpetuarse y demostrar el significado de lo auténtico y lo vital. Otra pieza cardinal para la comprensión del sentimiento trágico de la vida es la dialéctica unamuniana –lo racional que se confronta con lo irracional–, que requiere no un ejercicio teórico-conceptual, sino el ejercicio del sentimiento. Es en dicha confrontación donde podremos visualizar las relaciones y diferencias entre lo conceptual y el sentimiento, la verdad y lo no real, las posibilidades e implicaciones de lo mortal y su contrario, la inmortalidad. Todo lo anterior nos propiciará un acercamiento detallado a la categoría de lo contrario como elemento unamuniano en una filosofía de la existencia.

A partir de allí, se suscita la cuestión de la persona que sugiere una reflexión constante. La humanidad en el presente busca brindar respuestas –sin éxito– a sus grandes inquietudes: ¿qué es el hombre? ¿Quién soy yo? ¿Cuál es el sentido de la existencia humana?

Las “ciencias del hombre” (biología, fisiología, medicina, psicología, sociología, ciencia política) procuran optimizar las condiciones de vida de los seres humanos, prometen un ideal para una existencia mejor; no obstante, su cometido no da respuestas firmes o definitivas a los interrogantes humanos básicos, por lo que el misterio que encierran tales preguntas sigue vigente. Heidegger, en su libro *Kant y el problema de la metafísica* afirmó

Ninguna época ha acumulado sobre el hombre conocimientos tan numerosos y tan diversos como la nuestra. Ninguna época ha logrado presentar su saber sobre el hombre bajo una forma que nos toca tan de cerca. Ninguna época ha logrado volver este saber tan pronta y tan fácilmente asequible. Pero también, ninguna época como la nuestra ha sabido menos lo que es el hombre. En ninguna época el hombre se ha revelado tan misterioso. (268)

Esta postura del filósofo alemán devela cierta inquietud: a mayor conocimiento de todo, mayor desconocimiento de sí mismos. Sostenía Isaac Newton “Lo que sabemos es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano mismo” (189).

Las manifestaciones de pérdida de identidad, la incertidumbre y la extrañeza frente a la imagen del hombre son motivos por los cuales De Unamuno convoca



una rigurosa reflexión filosófica urgente en nuestro tiempo, puesto que este ejercicio, además de juzgarse como extensivo a nuestra humanidad, se convierte en una posibilidad para iluminar la comprensión de los problemas fundamentales y existenciales de la persona.

En este orden de ideas, los interrogantes que se planteen acerca de lo esencial en el hombre y el sentido de su existencia, no corresponden únicamente al campo de la curiosidad científica, cuyo fin es acrecentar el saber. Estos aparecen por sí solos, colmando la existencia y exigiendo soluciones que obligan a cada hombre y a cada mujer a trazar respuestas.

Pero la forma como se desvelan es diversa. Si se estiman de manera positiva: ¿por qué no asombrarse la creación del hombre? ¿Cómo no sorprenderse frente a los distintos descubrimientos que se consolidan en diferentes espacios? ¿Cómo no maravillarse ante la maestría artística que se expresa en la música, la poesía, la pintura, la literatura, en el arte en general; ante las virtudes humanas, ante un amor supremo como la amistad o ante la vida como don, como regalo?

Por el lado negativo, asoman eventos complejos y dolorosos que se podrían traducir como fracasos humanos. Cualquier infortunio aparece en el término de la distancia: un accidente, la guerra, la muerte. Los modos de planear la vida con frecuencia quedan a mitad de camino y difícilmente llegan a feliz término. Surge el agotamiento, la angustia, la sobrecarga de trabajo, la velocidad con la que se mueve la vida. Y en la mitad de una gran masa impersonal, el hombre se va diluyendo... y se hace cada vez más patente el hecho de que está alienado, dependiente y pendiente de lo que digan los medios de comunicación, la publicidad, el último grito de la moda.

Albert Camus en *El mito de Sísifo* ofrece una descripción de lo que es la vida moderna y su condición trágica: “levantarse, el metro, trabajo, comer, el metro, el trabajo, lunes, martes, miércoles y de repente, todo parece desplomarse ante la revelación de una existencia tan absurda y tan vacía” (56). Camus sugiere un problema más impactante y profundo: realmente ¿vale la pena vivir?



[...] la raíz profunda del problema del hombre es su libertad, que al fin y al cabo es una fuente de su realización, pero una fuente limitada. El hombre no es una cosa sometida de manera ciega a determinismos de la naturaleza, del instinto. El hombre es un sujeto capaz de reflexionar, capaz de tomar sus distancias frente a las cosas, capaz de darse cuenta de su propia existencia humana. Al estar dotado de libertad, puede tomar de la mano su existencia, pues ello es una tarea, un desafío del cual no puede sustraerse. Lo complejo de ésta libertad, es su carácter limitado, incierto, incluso amenazado. Es limitada ante las cosas, pero también ante los demás seres humanos. La libertad esta finalmente limitada por la muerte. Ello parece confirmar lo que en otrora diría Gabriel Marcel: “Debo soportar solo el peso de la existencia”. Entonces podemos plantearnos una pregunta, a saber: y ¿para qué sirve vivir? (Aldana y Garzón-Pascagaza 222)

Otra cuestión que reclama atención, es el “planteamiento de la persona en relación con el otro” (Aldana y Garzón-Pascagaza 220), salir al encuentro de “lo relacional y lo fortuito que posee el otro como alguien concreto que posibilita el reconocimiento y la autenticidad de mi existencia” (Aldana y Garzón-Pascagaza 220). Este reconocimiento es posible si cada hombre en cada instancia donde se ubica, admite los impedimentos para esta realidad: la aparición de “lo abstracto”, que nos desborda el ámbito de lo real y “que solo puede ser superado, por el ámbito de la experiencia personal y colectiva donde emerge el sentimiento práctico y profundo por la vida misma” (Aldana y Garzón-Pascagaza 221).

Así pues, una condición que puede hacer que la existencia humana sea más llevadera y el sentimiento trágico más comprensible, es la aceptación de que el hombre es ante todo un sujeto que toma conciencia de sí mismo en el encuentro con los demás y con la naturaleza.

La vida

En el pensamiento de De Unamuno, la vida tiene atributos “memorables y trascendentales” (Aldana y Garzón-Pascagaza 222) que exigen de parte de la persona el ejercicio de preguntarse, de indagar en profundidad, “por lo que ha sido su existencia, su ideal, la fuerza, y el sentido de su presente que marcará las pautas del continuo vivir y lo valioso que significan sus acciones” (Aldana y Garzón-Pascagaza 233). Estas preguntas no pueden hacerse desde lo superficial o lo pasajero,



o desde “lo común, lo que es habitual o costumbre, lo externo”, sino justamente “desde el ámbito y sentido de lo profundo o interior de la misma persona” (Aldana y Garzón-Pascagaza 233).

Ahora bien, dada la característica de misterio en que entraña la condición personal ¿qué es aquello que se posee en la interioridad y que no se halla en la exterioridad? Esta pregunta puede convertirse en una cuestión que tome años y que requiera un ejercicio sopesado y sereno porque se trata de un viaje interior, de una búsqueda sobre sí mismo, de una labor muy personal. (Aldana y Garzón-Pascagaza 224)

Lo que reside al interior de cada sujeto es el talento, lo valioso, lo originario, la expresión máxima de su ser y existencia llamada verdad.

[...] nuestra condición vital, nuestra vida, se manifiesta se presenta en su naturaleza, en su acontecer, en su manifestación como aquello para lo que una figura, una estructura, o un sentido estereotipado, no funcionan como modelos o líneas rectoras que tracen un mapa de navegación que le puedan definir y llevar a un puerto seguro: por el contrario, la característica de la vida es que ella se hace en su mismo transcurrir. (Aldana y Garzón-Pascagaza 225)

El mismo De Unamuno nos dirá que: “Hay en tu carta una cosa que no me gusta, y es ese empeño que muestras ahora por fijarte un camino y trazarte un plan de vida. Nada de plan previo, ¡que no eres edificio! No hace el plan a la vida, sino que ésta lo traza viviendo” (184).

Lo anterior ratifica que nuestra condición vital como proyecto, o mejor, lo que la vida misma en su esencia manifiesta, es un trabajo constante en el que el Hombre siempre deberá construir y derribar, elegir y despreciar, tomar y dejar en todo instante, lo que cada quien considere que va a realizar en el siguiente instante o momento. (Aldana y Garzón-Pascagaza 225)

“Lo que a Unamuno le interesa es hacernos penetrar en la entraña silenciosa y permanente del vivir de cada día” (Marías 85). La vida se transforma entonces, en una condición para entender la muerte; en su esencia abstracta, pero concreta al mismo tiempo, se hace manifiesta como una compleja y desesperante inquietud que ocupa a la persona; por alguna razón Facundo Cabral diría alguna vez: “Cosa extraña el hombre; nacer no pide, vivir no sabe y morir no quiere”.



Y en esta búsqueda de sentido, la vida “no puede carecer de conciencia porque es allí donde se manifiesta el permanecer del hombre por siempre” (Aldana y Garzón-Pascagaza 227) y “tu vida es ante tu propia conciencia la revelación continua, en el tiempo, de tu eternidad” (De Unamuno 184). “La conciencia es un espacio selecto donde el obrar de la persona encuentra un dictamen que le indica cuál es la forma y la incidencia de su acción que le posibilita descubrir y analizar su horizonte y avanzar en él hacia lo más profundo de su espíritu”.

De Unamuno presenta este elemento, la conciencia, como aquel que tiene figura, estructura, sentido. Esto se expresa en el proyecto de vida que esencialmente “se manifiesta, en aquello que me hace elegir a cada instante, lo que mi vida va a ser en el siguiente instante o momento” (Aldana y Garzón-Pascagaza 227).

La inmortalidad

El ansia de inmortalidad es para Unamuno el punto de partida verdadero de toda filosofía. La inquietud por la propia existencia se manifiesta en la preocupación por su ser permanente; lo que no es eterno no es real, dice Unamuno; la muerte pone en cuestión el ser del hombre y este se afirma y solo se asegura en la perduración. (Marías 160)

En el pensamiento de De Unamuno, “la inmortalidad es un presupuesto que se hace fundamental, porque ella lleva con sí, la posibilidad de Ser perpetuo, de permanecer, de durar. Estas categorías son los verbos referidos a una condición de importancia tal, que posibilita pensar en la inmortalidad del hombre” (Marías 161). Esto se constata en De Unamuno como el sentido de perdurar por parte del ser, además de que ello se convierta en la esencia, es decir, en la base que permita mantenerse prolongada e ininterrumpidamente.

La filosofía según De Unamuno se ha movido en aquello que es fugaz, transitorio, en la búsqueda de principio, lo que es de verdad, todo ello forma parte del movimiento, donde las cosas, virtud de esta dinámica, dejan de ser lo que son para ser otras, esto es lo que desfigura y debilita al ser mismo. La filosofía al intentar comprender la realidad racionalmente termina por deformarla, de ahí que De Unamuno apele a lo irracional, lo incomprendible, lo misterioso; y que a la síntesis de lo racional y lo irracional la llame sentimiento.



Vida-muerte

“Solo en la vida perdurable es posible la muerte realizada. Porque en esta vida solo existen –mientras es vida– la espera o el amago de la muerte, que son cosas distintas” (Marías 57).

¿Cómo interpreta Unamuno esta paradoja? Vivir será saber que se muere, pero la vida tiene un horizonte de manera paradójica: la muerte. Ella, en resumidas cuentas, no puede ser límite, una frontera; ella al contrario, le da definición a la misma vida y ser verdadero. Para Unamuno, quien se acerca a la muerte, descubre que tiene posibilidades con su propia vida, es decir, que la muerte no suprime la vida, al contrario, la vida adquiere posibilidades de ser ampliada y apropiarse ella por el propio sujeto que tiene la posibilidad de realizar un proyecto, donde pueda acomodarla a un objetivo vital. Entonces todo lo que yo haga, se ajusta precisamente, [a] aquello por lo cual está precisada la vida. En otras palabras, la muerte permite una explicación de la vida misma. (Aldana y Garzón-Pascagaza 228)

A manera de cierre, ¿por qué vivimos?

Esta es una de esas preguntas que requiere mucho coraje, si se intenta dar respuesta, por ejemplo, desde la felicidad. En los cuentos, la felicidad se hace presente cuando la historia llega a su fin: “Y fueron felices para siempre” o bien “fueron felices y comieron perdices”. “Pero en la historia real de los seres humanos, los eventos humanos no transcurren ni se cierran de la misma manera. También se hace manifiesta la infelicidad en diversas maneras: la enfermedad, la pobreza, la soledad, la muerte” (Aldana y Garzón-Pascagaza 227).

En la actualidad, el abismo que separa a quienes tienen demasiados bienes de los desprovistos de lo más elemental, es cada día mayor y más visible. En su libro *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, Marc Augé sustenta esta brecha de la siguiente manera:

[...] los hombres son cada vez más desiguales ante la enfermedad, la pobreza y la muerte y sin duda también ante la soledad, pues los pobres más pobres se ven tentados a buscar la salvación en la huida, el desarraigo, el vuelo a menudo solitario hacia las luces candentes y mortíferas del mundo desarrollado. Sin embargo, es evidente que no podemos afirmar que todos los más o menos ricos son felices y que todos los más o menos pobres son infelices, pues existe cierto componente personal en la aptitud para la felicidad o



la infelicidad que elude tal determinismo. Ahora bien, cuando la miseria es demasiado grande, la cuestión de la felicidad puede parecer un lujo. Esta circunstancia no le resta legitimidad, muy al contrario, pero la sitúa en su verdadero lugar, que es el de un privilegio o una esperanza. (10)

Aldana y Garzón-Pascagaza afirman que

La pregunta por la felicidad, una de las que más contrasta ese sentimiento trágico de la vida, que [en] el contexto de los griegos tuvo un lugar especial y preponderante, se halla en nuestros días confusa, revuelta, perdida. Para el caso, la imagen que tenemos de ella o que se propone en la actualidad, se refiere a los individuos que poseen la suerte de vivir en la parte más desarrollada del mundo, que todos conocemos como la “sociedad de consumo”. (229)

Y para Marc Augé dicha concepción evidencia un par de implicaciones:

Sugiere que el ideal social es el consumo de todos y para todos, pero también que todo debe ser consumido, y por tanto, previamente producido, y no sólo los alimentos y todos los bienes de subsistencia inmediata, sino también la información, el ocio, la cultura, el saber, conceptos que en virtud de tal circunstancia se elevan a la categoría de productos de consumo. (10)

Bibliografía

- Aldana, Alexander y Édgar Javier Garzón-Pascagaza. “De la vacuidad como nota esencial del sentimiento de muerte: algunas anotaciones desde el pensamiento de E. M. Cioran”. *Revista Educación y Desarrollo Social* 10.2 (2016): 216-233.
- Augé, Marc. *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*. Barcelona: Gedisa, 2004.
- Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada, 2006.
- De Unamuno, Miguel. *De esto y de aquello*. Buenos Aires: Sudamericana, 1950.
- . *Obras selectas*. Madrid: Plenitud, 1956.
- . *Autodiálogos*. Madrid: Aguilar, 1959.
- . *La dignidad humana*. Madrid: Espasa-Calpe, 1961.
- . *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 1973.
- . *Paz en la guerra*. Bilbao: Banco de Bilbao, 1982.
- . *Niebla*. Bogotá: La Oveja Negra, 1985.
- Heidegger, Martin. *Kant y el problema de la metafísica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Mariás, Julián. *Miguel de Unamuno*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1951.
- Newton, Isaac. *Principios matemáticos de la filosofía natural*. Madrid: Tecnos, 1987.